

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.



GNOSCE TE IPSUM

Misera humanidad, de gloria hambrienta,
que por tu orgullo necio
á la ambición que tus entrañas roe
elevas un altar dentro del pecho,
¿de qué te sirve, di, que al fin contemples
ya cumplido tu anhelo?
Si algo entonces te crees en el mundo,
no te envanezca tu elevado puesto,
que verás tu grandeza disiparse
como las vagas huellas de un ensueño,
¡si apartando los ojos de la tierra
los elevas al cielo!

TOMÁS GUTIÉRREZ FERRÍN

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes.....	EDUARDO SOJO	Un trimestre.....	3 pesetas.
	» trimestre.....		» semestre.....	6 »
	» año.....		» año.....	12 »
			EXTRANJERO... » año.....	15 »

¡DENUNCIADOS!

Si, señor; denunciados. ¿Por qué? ¡Ah!, nos cuesta rubor el decirlo. Por una porción de «cosas feas», de esas que castiga duramente el Código.

Ha comenzado nuestra Pasión á la par que la de Cristo. ¡Denunciados!

«Sentimos el percance», según la frase consagrada por nuestros gacetilleros.

¡Y hasta otra... que no se hará esperar!

LA MADRE DEL CORDERO

Singular observatorio es la ventana de un café. Los transeúntes desfilan ante el espectador, animados y gesticulantes como imágenes de cinematógrafo. Cada uno deja en vuestro cerebro ligera huella de su paso. Se experimenta una serie de sensaciones vagas, indecisas, fugitivas que se atropellan unas á otras. Al atractivo de la hermosura sucede la repulsión por la deformidad; á la admiración por la fuerza la compasión que inspira el infortunio. Se goza de la expectativa emocionante de lo inesperado. Cada nueva aparición es una sorpresa. Todos aquellos seres salen de la nada, se agitan un instante, y en la nada se desvanecen. Es un emblema de la vida.

Era el día festivo y grande la concurrencia. En un momento desfilan ante mis ojos los más variados tipos. Primero fué una pareja clerical: el cura rechoncho, plétorico, apoplético, bajo de estatura y de semblante inexpressivo, junto al clérigo alto, huesudo, cejijunto, amarillento, todo bilis. Después pasó la familia clásica: el marido de rostro cadavérico y aire paciente y resignado, como de hombre embrutecido por siete lustros de oficina; la esposa prematuramente envejecida, agriada por la lucha sin nombre de la indigencia que se oculta; la nodriza de abultado seno, con su mirar vacío de vaca de leche; los niños raquíticos, escrofulosos, héticos, sosteniéndose con dificultad sobre sus patitas de alambre. Luego la mamá y la niña casadera, aquella abismada en su obesidad linfática, ésta clorótica, anémica, ajada en la flor de los años, triste promesa para la maternidad futura. Detrás un par de pollos escualidos, lívidos, entecos, candidatos de la tisis, verdaderas caricaturas de la juventud. Y el soldadito desmedrado cuyo cuerpo baila en el uniforme, y el triste obrero de ojos mortecinos y cara de hambre, y el jastialón achulapado y anti-pático, que pasea ufano su desgarrado esqueleto con una especie de flamenquismo fúnebre, y la modistilla avispada y vivaracha, con su paso menudo y su gentil meneo de caderas, pobre carne de lupanar, y el golfito medio desnudo, haciendo por todas las coyunturas exhibición de huesecillos, y el sablista, formidable personaje, oculta la diestra homicida en la raída cazadora, y fulgurando bajo el ala del sombrero informe, su mirada centelleante de ave de rapiña... Y en todos los semblantes la misma expresión de disgusto, de contrariedad, de fatiga, de tedio y de hastío.

Ante aquel doloroso espectáculo, súbitamente me fué revelada, con claridad de luz meridiana, la causa de nuestra decadencia. Falta aquí la base fundamental en que se asientan las naciones. La bestia está enferma. Nuestra miseria económica, nuestra miseria moral no son sino el resultado y como el reflejo de nuestra miseria fisiológica. Nuestra sangre carece de glóbulos, nuestras ideas, nuestros músculos de empuje, nuestros nervios de tonicidad. El estómago digiere mal, los pulmones ventilan poco, el corazón no riega bastante al cerebro. Nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestras voliciones se resienten de la extenuación de nuestras vísceras. Ciencia ó fe, radicalismo ó conservaduría; tanto monta. Todos los ideales palidecen en el cerebro exangüe. Todos los sentimientos se enfrían en el corazón

anémico. Cuanto hacemos es pobre, pequeño, menguado, raquítico, como nosotros mismos. Y la forma más propia, la envoltura más adecuada de tan mezquino contenido es la reacción, no la fanática que quemaba herejes, no la política de los grandes déspotas, sino la reacción falsa, exteriorista, convencional, hipócrita, cobarde y supersticiosa en que vivimos.

Las causas del mal son antiguas. Para investigarlas hay que remontarse cuando menos á aquella época que suele llamarse la de nuestras glorias, á aquel momento nefasto en que España, pudiendo elegir, adoptó como suya una causa muerta y se abrazó estrechamente á un cadáver. De entonces datan nuestros infortunios. Esto de hacer al pueblo imposible la vida es achaque tradicional. Hizo á España la Naturaleza un país pobre y barato; tornáronle sus gobernantes miserable y caro. Una política insensata, una administración desenfrenada inauguraron para los españoles el más opresor de todos los regímenes: el régimen del hambre. España se arruinó por darse el gusto de llenar á la haz de la tierra de tumbas españolas. La patria, apenas formada, sucumbió á manos del fanatismo religioso y de los intereses dinásticos. Las tres cuartas partes de la población peninsular desaparecieron en menos de dos siglos. Jamás nación alguna consumió un sacrificio de sí misma más completo ni más estéril. Para cultivar los campos hubo que llamar á mercenarios extranjeros. La triste Castilla, que ha pagado tan cara su hegemonía, se trocó entonces en informe montón de ruinas. Recordando aquellos aciagos tiempos, tan encomiados por el romanticismo reaccionario, parecíame ver deslizarse ante la ventana del café todo el abigarrado personal de la España de los Felipes, una de las más miserables y corrompidas sociedades que ha conocido la Historia: el picaro, socarrón y maleante, viviendo de trazas y embustes; el hidalgo de gatera escarbándose los dientes vírgenes de todo contacto alimenticio; el brabucón perdonavidas, desecho de los tercios de Flandes, explotador de su guapeza; la buscona, astuta y remilgada, tapado el rostro y descubierta la intención; la manida y melindrosa dueña, sabia maestra de tercerías; el fraile motilón, repleto, engordado por la credulidad; el magnate, esclavo del favorito, envilecido en la cortesanía y familiar del Santo Oficio; todos los ejemplares que la literatura picaresca nos ha conservado de aquellos siglos del honor; la Tía Fingida fabricando vírgenes; Gil Blas vendiendo empleos y encomiendas por cuenta de los Lermas y Olivares; el gran monipodio con su cohorte de Chiquiznaques y Maniferros, Rinconetes y Cortadillos; los cuñados amos de Lazarrillo de Tormes y los famélicos discípulos del dómíne Cabra.

Luego, tras el ensayo de reconstitución nacional, sin grandeza ni horizontes, emprendido por el mejor de los Borbones, alborea en la Historia esta centuria que ahora expira, y las trompetas apocalípticas de la revolución señalan el momento del terrible despertar para un pueblo unido con delicia en el sopor hereditario. Comienza entonces aquella revolución hecha penosamente á retazos y como á tirones, aquella encarnizada lucha por la conquista de esa libertad que hoy no sabemos defender ni merecemos conservar. El espíritu estadizo inherente á la anemia mental, la petrificación de las ideas en cerebros que no desasimilan, ofrecen á la indispensable transformación política y social obstáculos insuperables. La sangre corre otra vez á torrentes y el oro á raudales. De nuevo los campos se despueblan y el fisco mata todo el germen de producción. Así caemos los españoles bajo el dominio del monstruo implacable, insaciable, horrendo, la deuda que esteriliza nuestro esfuerzo, devora el pan de nuestros hijos y cierra todo porvenir á la esperanza.

Y pensando en estas cosas temblé al presagiar los efectos de la presente liquidación de nuestros últimos desastres. Con ella se consuma la negra labor tradicional. Villaverde puede decir, aún con mayor razón que su difunto maestro, que viene á continuar la Historia de España.

No monta él el caballo de Atila, ni blande su diestra la maza de Gengiskán, ni el terror como á la peste le precede, ni como al desastre le acompaña. Pero peste, y desastre, y tala y conquista son menos calamitosos y homicidas que su obra de nivelación. Cayendo sobre un pueblo que no come, ese presupuesto será más devastador para la población de España que lo es para las mieses el granizo. Tras de sus cifras impasibles se ocultan el hambre, la emigración, el crimen, la barbarie, la prostitución y el suicidio. Familias disueltas, muertes prematuras, destinos frustrados, sangre, lágrimas, dolores sin cuento, la ancianidad sin apoyo, la virginidad sin defensa, la infancia sin amparo, la virilidad sin empleo... Toda esperanza de mejora desvanecida, perdido cuanto constituye el goce y la alegría de vivir. Para que el Estado no haga bancarrota tendrá que hacerla la nación.

Ni soy devoto ni aun blasono de creyente; pero ante la tremenda expectativa de esta continuación del inacabable calvario, vueltos los ojos á ese inmenso vacío que llamamos cielo, hube de murmurar, henchida el alma de congoja: —Señor, señor, ¿jamás tendrá término el *Via crucis* de esta nación desventurada?

ALFREDO CALDERÓN.

CANTARES

Ya se cerraron las Cortes
Ya cerradas, como están,
ó ya abiertas, el Gobierno...
¡nos puede abrir en canal!

El que las Cortes se cierren
ó se abran, ¿qué les importa
á esos padres de la patria
que jamás abren la boca?

Al pasar por el Congreso,
suspiro... y después exclamo:
—¡Entran aquí muchos padres
que salen luego padrastrós!

Ya se han cerrado las Cortes.
¡A descansar unos meses!
Y mientras fuma el Gobierno...
que escupa el contribuyente.

Cuando se cierran las Cortes
nos ahorramos, por lo menos,
el gasto de azucarillos
y el gasto de caramelos.

El servicio obligatorio
al pueblo mucho le importa,
y, como no lo han votado,
hoy el pueblo está que bota

Cuando recibo una carta
con el sello del Congreso,
suelo decir:—Este prójimo
se ha ahorrado ya quince céntimos.

Cerraron las Cortes;
se abrirán mañana;
y abriendo y cerrando, cerrando y abriendo,
¡se salva la patria!

VICENTE RUBIO.

SUSCRIPCIÓN

para ayudar á los gastos que "proporcionan", las denuncias de DON QUIJOTE

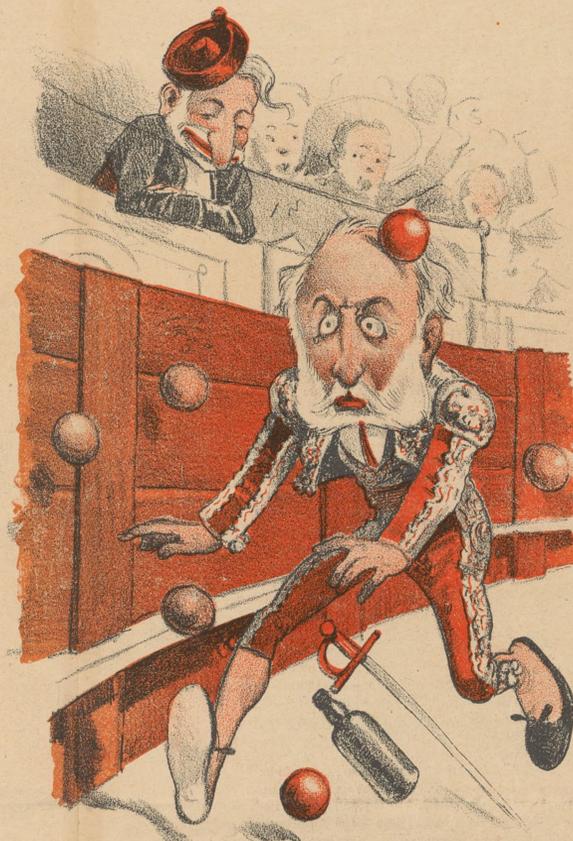
Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde
García del Rivero, etc.... 5.000,10

(Se continuará.)

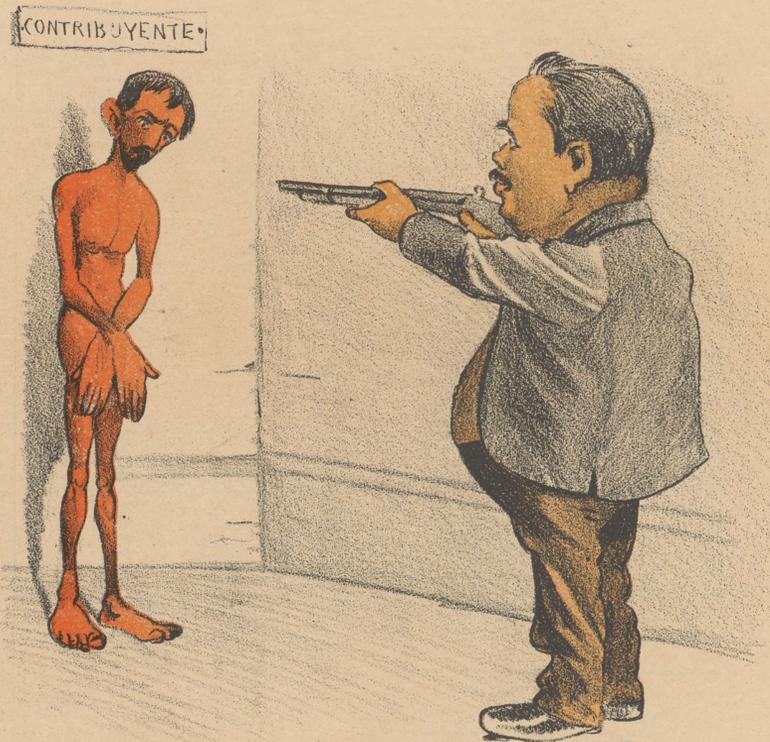
DON QUIJOTE



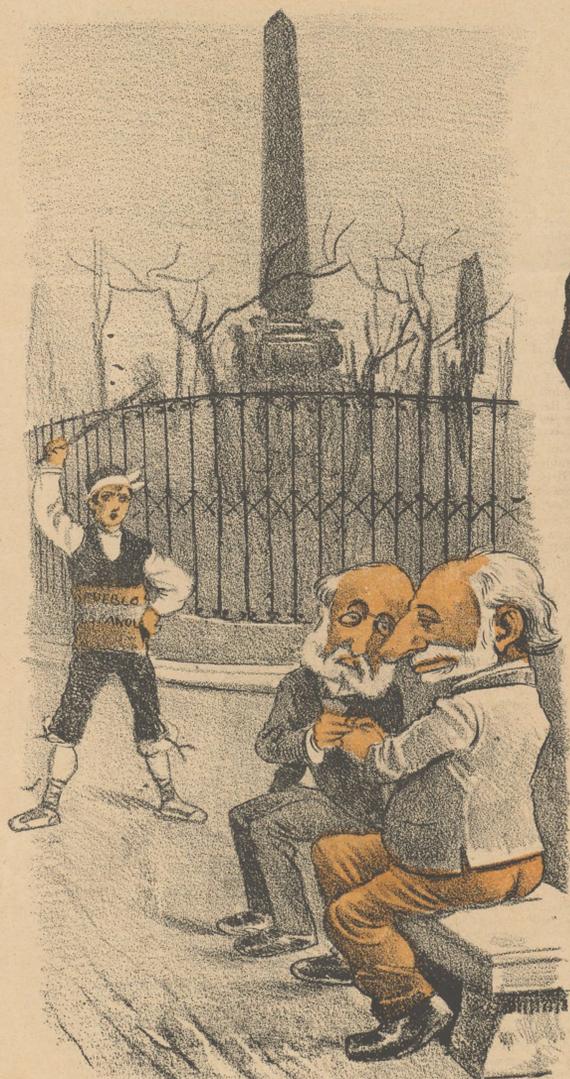
Perros ladrones, poco mordedores.



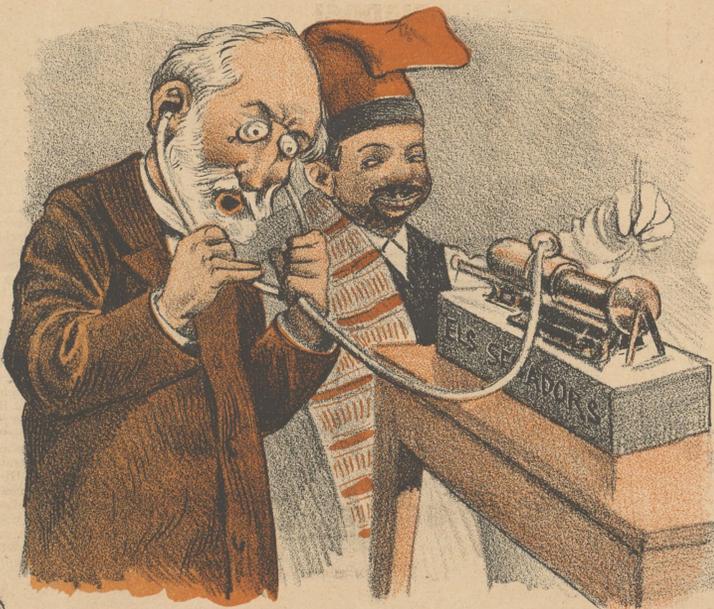
D. PRÁXEDES.—¡Qué bien se ven los toros desde la barrera!



Tiro nacional.



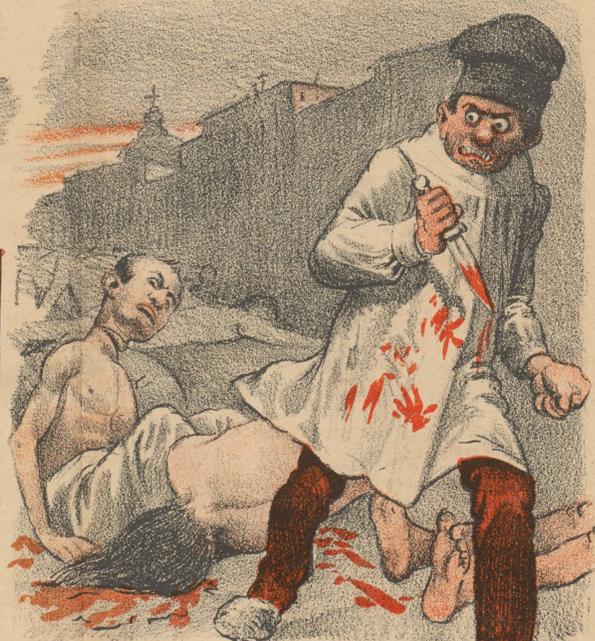
Palomas, basta de arrullos, que os acecha el gavilán.



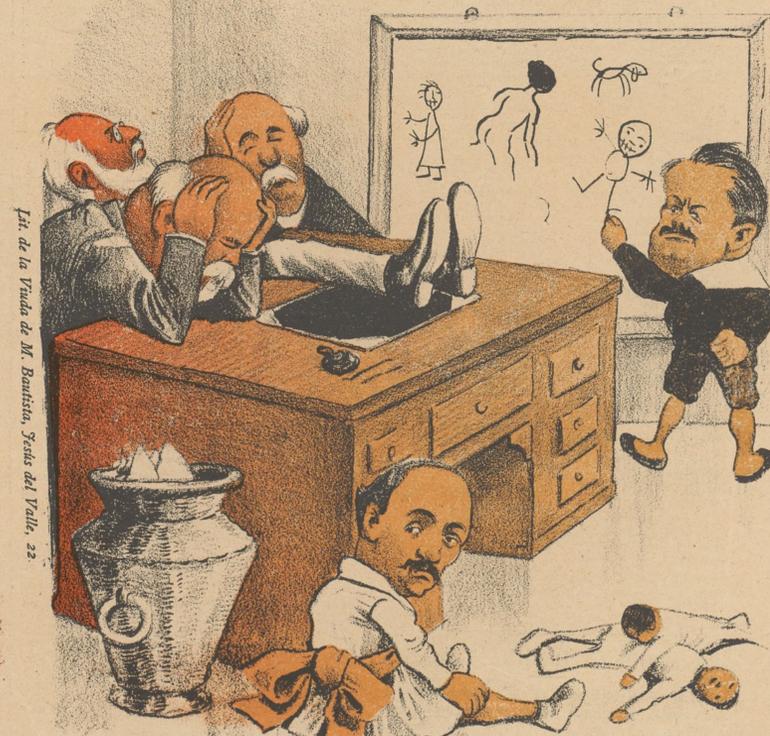
La única música que se oye en Cataluña.



Cartel de doña Regeneración, premiado por Don Quijote.



El rey de Madrid, ó estamos bien de seguridad, y para gobernadores Liniers.



Comienzan las imperiosas vacaciones primaverales.

GACETILLA ULTRAMUNDANA

POR J. MARTÍNEZ RUIZ

A DON RAIMUNDO VILLAVERDE.—V. E. me permita, señor don Raimundo Fernández Villaverde y García del Rivero, que le enderece—no tome V. E. á mala parte—que le enderece, repito, esta breve plática.

A punto de perderse, si no perdida ya del todo, me dicen que se halla la Hacienda española; y lo que de veras lamento, que sobre V. E. descargan todas las iras de los descontentos y arrojados. Y porque empresa generosa y obra cristiana es recurrir al remedio del afligido, yo quiero ver si es posible dar remate brevemente á estas desdichas.

Achaque común en el lenguaje de España, y uso grosero y reprobado, es convertir en letrina (¿entiende V. E. la perifrasis) á aquellos sujetos á quien se odia y menosprecia; de tal forma que esta pestilente frase viene á ser la cifra más fiel y enérgica de la inverecundia castellana. Y si los humildes, por humildes que sean, no se libran en su vida de alguna de estas soeces execrables, ¿que tal parará el vulgo indocto y bárbaro á los que en sus levantados cargos tienen la desgracia de concitarse su inquina? Jabón y pastillas olorosas no habrá bastantes en todo el reino para limpiar y sahumar á un ministro odiado de la plebe...

Pues atajemos este daño, mi señor Fernández Villaverde, y salvemos de paso la maltrecha y desbaratada Hacienda nuestra.

Vespasiano, el gran emperador de Roma, nos suministra el remedio. Ideó este sabio político poner cierto tributo á lo que el cuerpo naturalmente desecha como inútil y molesto (¿yuelve V. E. á entender la perifrasis?); aunque el impuesto fué tildado de bajo, hincháronse en cambio las arcas de la república. ¿No es este un maravilloso arbitrio?

Maravilloso es en efecto, mi señor Fernández Villaverde; y con tal traza no sólo evitariase que los arriscados españoles hicieran en los regidores del país lo que recatadamente hacer deben, mas aún saldría el erario de mal año.

«Un título de gloria financiera para el ministerio del Conde-Duque», dice nada menos que don Francisco Silveira, que fué mi arbitrio del papel sellado: ¿no sería el impuesto de Vespasiano la más pura é inmarcesible gloria del ministerio Silveira-Villaverde?

EL P. SALAZAR.

EN EL NÚMERO PRÓXIMO

LAS MIL Y UNA NOCHES

DE

DON RAIMUNDO

NEGATIVA

Bellísima rubia
de ojos seductores:
luz de la mañana:
reina de las flores:

deja que prosiga
mi tosca faena:
¡deja que el esclavo
lime la cadena!

No me pidas versos
de dulce lirismo.
Pídemelos dolores
y sombras de abismo.

No digas que cante
tu pálida frente;
tu cuello de nácar;
tu pecho turgente;

tu fresca mejilla;
tu risa amorosa;
tus bellos contornos;
tu busto de diosa.

Desoigo tus ruegos.
No muestres agravios.
¡Yo te besaría
con ansia en los labios!

Más vale tan ruda
y franca osadía,
que el dulce lirismo
de la poesía

Ni cantarte puede
su inmensa grandeza,
ni lo necesita
tu angusta belleza.

Mas se hace preciso
que ruja el encono.
Aún en pie se encuentran
la Iglesia y el trono.

Aún nos acomete
furioso su enjambre,
y hay muchas familias
muriéndose de hambre;

y España, abatida,
sufrir humillaciones...
¡Palverizar quiero
estos eslabones!

Cuando se despejen
los aires de bruma,
y el sol de los libres
fulgure en la espuma,

y bese la copa
gentil de las palmas,
y alumbre los mundos
y encienda las almas:

cuando el pueblo, altivo,
quebrante su yugo,
y de los tiranos
se erija en verdugo,

y sin el oprobio
de trabas ni lazos,
la cadena arroje
partida en pedazos,

entonces, en himnos
de amor y ternura,
cantar te prometo
tu egregia hermosura.

Hoy debe el poeta,
de entusiasmo lleno,
hacer á su lira
vibrar como el trueno.

Perdona que tu hondo
anhelo no acalle,
¡oh rosa de Egipto!
¡oh lirio del valle!

Mas no te me enojés
ni muestres agravios...
¡Yo te besaría
con ansia en los labios!

Bellísima rubia
de ojos seductores:
luz de la mañana:
reina de las flores.

deja que prosiga
mi tosca faena:
¡deja que el esclavo
lime la cadena!

PEDRO BARRANTES.

LA EPOPEYA DE UNA ZÍNGARA

El sol caía á plomo sobre la ancha carretera, uno de esos caminos oficiales de Castilla, en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le preste sombra ó

un arroyo donde calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montezuelos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra. He aquí el espectáculo ofrecido por aquella Naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y fresca, en la que el silencio hubiera reinado en absoluto á no ser por alguna que otra banda de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastrojos, cruzábanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, para detenerse un segundo en la carretera y abandonarla después, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al descender herida por los rayos del sol.

Tarde calurosa de Agosto, que convertía en inhospitalario desierto el camino y los campos que lo circundaban, era aquella; y perdida en este desierto, sufriendo el bochorno que abrasaba la atmósfera, asfixiándose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo, veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiese puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas; para ellos no existen otros ojos ni otro amparo que los de Dios, y hasta Dios suele distraerse muchas veces.

Constituían la caravana una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire caliente y pegajoso que penetraba en sus pulmones, y sosteniendo entre sus brazos á un niño de pocos meses envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio; el niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, que salía por la abertura del corpiño y tiraba de él, sujetándole con los labios, para extraer el jugo que generosamente le brindaba. La mujer era joven y hubiera sido también hermosa, á juzgar por sus ojos negros y expresivos, por sus labios rojos, por su dentadura blanca é igual y por la esbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiese impreso la marca de fábrica, curtiendo su cutis, arrugándolo prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces á una frente ennegrecida y sudosa; la pobre criatura pudo ser bella, pero de su belleza no queda más rastro que el de sus pupilas, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían á uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, veíase á dos niños, que se servían mutuamente de contrapeso, ofreciendo á la vez doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor, de edad de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba á su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, contraía sus labios á impulso de internos dolores y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿de dónde venían? ¿por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de zingaros, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo, en el que no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar de agua un cántaro vacío, porque los aldeanos la habían amenazado con golpearle á ella, á la miserable, á la vagabunda, á la bruja, á la gitana, si no partía inmeditamente de allí; sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola, sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar á su hijo enfermo, y clavándolos después con expresión amarga y rencorosa en el distante lugarejo, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia destacando en el espacio en contorno gris.

**

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven, y dijo con voz angustiada y débil:

—¡Madre!...

La zingara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres, hijo mío?—murmuró dejando al niño de pecho junto á su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste.—Dame agua... tengo mucha sed... me quema aquí.

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Aguá!—gritó la madre con espanto.—¡Aguá!... ¿Dónde encontrarla, hijo?

—¡Aguá!—repuso el niño.— ¡Me muero de sed!...

Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba á su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía tal vez su existencia, y ella, su madre, no podía prestárselo; en vano registró con ansia el interior del cantaruelo; estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo, en el cielo no había una nube; registró después el camino solitario, los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero, en fin; nada, no encontró nada; aquella tierra sedienta parecía decir á la zingara, mostrándole sus fauces contraídas y secas: «¡Agua para tu hijo!... Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera de sed como yo!» Y la zingara, abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—No hay nada, no puedo darte nada. ¿Dónde voy á encontrar agua, hijo mío?...

¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un manantial: el de su llanto!

De pronto la zingara sonrió, iluminada por una esperanza; á cuatro pasos del grupo alzabase la caseta de un peón caminero; su puerta cerrada, como sus ventanillas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosamente aquella puerta inmóvil. Sus afanes fueron inútiles; nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dió vuelta á los muros, y cuando llegaba á la espalda de la casa, vió con placer y con asombro que recostada en la tapia, y protegida por su sombra, había una cazuela llena de agua. La mujer miró esto, pero no pudo mirar—á tal extremo la cegaban la sorpresa y el júbilo—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia el cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir á la mujer, el perro lanzó un gruñido; la zingara levantó la cabeza y, comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otro llegaron al lado del cacharro y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acortó la distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir; hallábase dispuesto á defender aquel cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la zingara contemplando á su adversario con rabia.—¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Este dió un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó á caer al suelo é hizo presa en su hombro. La zingara lanzó un grito de dolor y de furia, y sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada, silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos á vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer, y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín...

De pronto el mastín exhaló un quejido doloroso, abrió la boca y cayó de espaldas. Los dedos de la zingara le habían ahogado.

Esta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpiño, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la zingara no hizo caso; dió con el pie al cadáver de su enemigo; cogió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, abriéndola por los rayos del sol, acercó el cacharro á los labios del enfermo, y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua, bebe, hijo mío.

JOAQUÍN DICENTA.